

# Memorias de un papel. Isabel de Valois de viaje (1561)<sup>1</sup>

ALFREDO ALVAR EZQUERRA  
*Académico Correspondiente de la RAH*  
*Consejo Superior de Investigaciones Científicas*

Una de las peculiaridades de la Corte central de la Monarquía Hispánica era la del sentido trashumante de su existir. Tal fenómeno se daba con plenitud en los reinos de la Corona de Castilla, mientras que no en los de la Corona de Aragón.

El caso es que en 1561 tuvo lugar un fenómeno que, si en principio no era nuevo, las circunstancias lo hicieron anormal. Me refiero a la decisión de Felipe II de asentar las Casas Reales y la Administración patrimonial de la Monarquía en la villa de Madrid (mayo-junio de ese año).

A diferencia de los tiempos de Carlos V, en que el Emperador no paró de ir de un lado a otro, como se puede comprobar en la obra de Foronda<sup>2</sup>, Felipe II fue un rey más sedentario, no por ninguna negligencia, sino porque su sistema de gobierno era diferente al del padre: se imponían modernidades que este ni concebiría ni comprendería. En efecto, y para empezar, Felipe no era Emperador; en segundo lugar, sus tareas, por tanto, se circunscribían a un espacio geográfico más reducido que se podía, en parte, intentar homogeneizar, centralizar.

---

1. Este trabajo forma parte de los que bajo mi dirección se llevan adelante en el CSIC al amparo del Proyecto de Investigación «Monarquía Hispánica e identidad urbana», Ministerio de Educación y Cultura, BHA 2000-1510, duración 2001-2003.

2. Foronda y Aguilera, M. de, *Estancias y viajes del emperador Carlos V*, Madrid, 1914.

La existencia de una estructura imperial del porte de la Monarquía Hispánica, en una época en la que la presencia de la figura regia era tan estimada como necesitada, provocó un problema siempre irresoluto: el rey no podía estar en todos sus territorios y, conforme avanzó el reinado y se fueron complicando los asuntos políticos, cesaron las visitas a los reinos.

No obstante la ausencia del rey, la cuestión quedó solventada de dos formas: por un lado, de manera estructural repartiendo «reyes virtuales» por todas partes, bien en calidad de virreyes, bien en calidad de gobernadores, según el rango de cada territorio; y, en segundo lugar, el problema se resolvió de manera coyuntural: una rarísima habilidad de pacto con las oligarquías locales, pacto muchas veces no escrito pero cimentado sobre lealtades (al rey, a la religión, a los demás territorios de la Monarquía), que permitió que el Imperio perviviera en la época preindustrial, la de las comunicaciones a pie, agua o viento. Los pactos se conseguían gracias a la circulación de la élite: no hay un político de aquella época, no hay un virrey o un alto servidor real que no haya hecho un *cursus honorum* espectacular, desplazándose por doquier, conociendo un sin fin de instituciones y mercedes.

Mas, aunque cada territorio mantuviera sus formas autonómicas, lo cual es innegable, lo cierto es que había una centralización administrativa, física, alrededor del rey. Donde él estuviera, estarían los órganos que coordinaban tantos territorios y tantos temas para gobernar. De superposición territorial o cultural sin interconexiones, nada; de cooperación y lealtad, todo... o frustración.

Por ello, lo que ocurrió en 1561 fue importante. No era extraño... fue siéndolo. En efecto, el rey de España tenía costumbre de pasar temporadas más o menos largas en una ciudad: si estaba en Castilla, habitualmente Valladolid, Toledo; Enrique IV sentía predilección por Segovia, por Madrid (ya que aquí había caza); Isabel, por Granada ¡cómo no!, pero también por las tierras castellananas; Carlos V por Valladolid y Toledo, aunque estuvo una docena de veces en Madrid... cazando y custodiando a Francisco I..., y así sucesivamente.

Es más, la primera vez que el príncipe Felipe se quedó solo en sus reinos, fue en 1539 y se eligió Madrid como lugar de su residencia. En efecto, el 27 de junio de 1539 Carlos V abandonó Toledo camino de Madrid. Llegó a sus inmediaciones al día siguiente y, en vez de entrar en la villa, prefirió alojarse hasta el día 13 de julio en la *Casa de Campo* de los Vargas, a las afueras de la localidad. Ni que decir

tiene que el topónimo actual hace alusión a esa propiedad. Felipe II la compró —una finca rústica— para añadirla a sus cazaderos reales.

Entró en Madrid el 13 de julio y en esta ciudad estuvo hasta el 11 de noviembre en que emprendió la marcha hacia Francia en aquella memorable jornada en la que pasó el Año Nuevo con Francisco I. Al parecer, el 14 de julio se trasladó la Casa del príncipe Felipe desde Toledo a Madrid.

En la pequeña localidad de ocio y recreo quedó el príncipe bajo la custodia de un consejo de regencia presidido por el cardenal de Toledo, habida cuenta que el niño acababa de quedar huérfano de madre.

No hace falta decirlo, solo imaginarlo: aquello no era un movimiento del príncipe, sino de toda su Casa. Al parecer se trasladaron de una ciudad a otra la capilla, el mayordomo, la Cámara, la cera, cocina, botillería, despensa, el herrador, plata, alfombras, sillas, mesas, moneros, un suplicacionero, un boticario, un veedor, un despensero mayor, un comprador, un pintor, un tapicero, los pajecitos y los mozos de espuelas. Costó el traslado 9800 maravedís y se emplearon siete carretas, veinticinco acémilas y cuatro días<sup>3</sup> en la ida, en ese recorrido que hoy hacemos en menos de una hora. Cuando las carretas quedaron vacías en Madrid, volvieron a sus pueblos de origen en un solo día<sup>4</sup>. Todo el transporte estaba tasado y así cada día

3. A[rchivo] G[eneral] de S[imancas], *Casas y Sitios Reales*, leg.º 33, 1.

4. Estos son los datos que nos da la fuente sobre el volumen de enseres de cada departamento de la Casa del Príncipe. No creo que tengan más importancia que la meramente anecdótica.

Instituciones	CARRETAS ACÉMILAS	DÍAS CON CARGA/ DÍAS DE VACÍO
Capilla	1 carreta	4
Mayordomo	3 acémilas	4/1
Cámara	3 carretas	2/1
Cera	1 carreta	4/n.c.
Cocina	4 acémilas	4/1
Cámara	2 acémilas	4/1
Botillería	1 acémila	4/1
Despensa	1 acémila	4/1
Herrador	1 acémila	4/1
Plata	3 acémilas	4/1
Alfombras, silla y mesa	1 acémila	4/1

Instituciones	CARRETAS ACÉMILAS	DÍAS CON CARGA/ DÍAS DE VACÍO
Moneros	1 acémila	4/1
Suplicacionero	1 acémila	4/1
Boticario	1 acémila	4/1
Copero	2 acémilas	4/1
Veedor	1 acémila	4/1
Despensero mayor	1 acémila	4/1
El comprador	1 caballo	4/1
Alonso de Cea (?)	1 acémila	4/1
Tapicería	2 carretas	2/n.c.

con carga había que pagarle 140 maravedíes al dueño del chirrión, mientras que el día de vacío se le abonaba la mitad. Igualmente también hubo que gastar en la preparación de los portes. Veintiún años más tarde el porte desde Toledo a Mazarambroz se pagaba a 1292 maravedíes, ¡cosas de la inflación... o de la paleografía!

En estas páginas quiero hacer alguna reflexión sobre los movimientos de la Casa de Isabel de Valois justo antes del gran traslado de 1561. Creo que el tema no se ha tratado nunca.

#### EL AÑO NUEVO Y LA CASA DE LA REINA

Este invierno ha sido muy duro en Toledo. Duro e inhóspito. Tal vez por ello, la reina se ha marchado fuera de tan vetusta Ciudad Imperial a pasar la Nochevieja. La reina se ha ido sola, sin el rey. La reina se ha ido al monasterio franciscano de El Castañar, en Mazarambroz, tierras del conde de Orgaz.

A mí me hicieron, probablemente, en el milanesado, o a saber en dónde, y de allí me trajeron acá. Vine en un barco lleno y acabé recaudando en Toledo en los escritorios de Francisco de Villalpando, grefier de Isabel de Valois. Francisco de Villalpando es hombre concienzudo, serio, eficaz y bien preparado, como tantos cientos de servidores de Su Majestad Felipe II.

Francisco de Villalpando me ha rasgado los lomos con su afilada pluma. Me ha escrito todas las cuentas que ha ido tomando día a día de los gastos que se hicieron en la Casa de la Reina en esa jornada en El Castañar. Yo le he dado la espalda para las notas a sucio y conmigo ha hecho el cuaderno borrador. Tiene otro cuaderno a limpio, pero no sé en dónde lo ha metido. Me siento orgulloso de estar sucio, porque cuanto más lo estoy, más importante seré. Si estuviera limpio, sin que nada se hubiera escrito sobre mí, no serviría para nada. Así es la vida: unos lloran por ser immaculados y otros por ser usados. Y, después de Villalpando, ¿me manoseará alguien más? Porque el grefier me mandará junto con otros congéneres, en buenos chirriones a Simancas, a pasar fríos y humedades. La verdad es que es el clima que más me gusta, porque si fuera a un sitio caluroso y reseco me ajaría. Allí, en Simancas, ¿qué será de mí y de los otros papeles en que se han escrito tantas y tan diversas cosas de *Casas* y *Sitios Reales*? Nos han envuelto entre pergaminos y cartones para que no

nos deformemos y nos acabarán poniendo alguna identificación, algún número: legajo 37, folio 2 parece que pone en la cartela por fuera. Sí, es lo que pone.

Francisco de Villalpando ha hecho varios pagos de los fondos que le dieron para el buen mantenimiento de esta Casa en este viaje. Ha ido surcando mis entretelas con energía, pero con corrección y ha escrito de todo. Partidas de pagos, cantidades, registros del va y viene. Pienso que me abrió para anotar hasta unas 130 entradas. Tenía que justificar el gasto de 11000 reales. Pero por mí no han pasado solo sus manos, no se han apoyado sus dedos índice, corazón o anular de la mano izquierda para que no me escurriera. Por mí han pasado muchos más: Juan Sánchez de Argüelles; Martín Mimbreno, el de la furriería; Agustín de Ribera, el correo de la caballeriza; Juan Ruiz de Valdivielso, el comprador de la despensa; Fransois de Longar (que no sé por qué firmó Françoys de Longoir ¡qué ganas de complicarlo todo!); Diego Ortega, el barbero de la reina que vino a hacerle un par de sangrías; Felipe Escobar, el correo de la reina; Luis Gutiérrez, ayuda de guardajoyas; Bernabé de Soto, el ujier de la vianda; Juan Bautista, el herrador de la reina; el paje Jerónimo de Galarza; Rojas, que guardaba más de un secreto discretamente; el señor Montaña (que como era francés, todo lo cambiaba y firmaba Montaigne)... y muchas más veces solo podía oír yacente sobre el escritorio, oír —digo— que no ver, la consabida pregunta «¿sabéis firmar?» y la muy reiterada respuesta, «no». Alguna vez, por la noche, he oído algún tintineo de dinero y un hablar entre dientes de mi querido Villalpando que cogía la pluma y me escribía en silencio algo más sobre entrega de dinero a alguien para...

En El Castañar hemos estado desde el 31 de diciembre de 1560 hasta finales de febrero de 1561. Dos meses en los que el rey ha disfrutado a sus anchas en Toledo y la reina ha estado sola aquí. Por cierto se ha puesto enferma y una vez, solo una, vino un enviado expreso de Su Majestad para verla. Fue un tal Atenislao y se le pagaron 100 reales el 27 de enero de 1561. ¡Ay! Así son los amores de los reyes. Cuando otros los creen de otra manera, acaban agotándose.

No acabo de comprender para qué se ha venido aquí la reina. A lo mejor porque Toledo se ha convertido en una ciudad muy desagradable. Otros primos míos dicen que tienen cosas escritas que mejor no decirlas y que han escuchado cada barbaridad que parece como si toda la ciudad estuviera revuelta contra todos: los cortesanos contra

los ciudadanos; los eclesiásticos contra los cortesanos; los cristianos nuevos contra los viejos; el cardenal contra el cabildo y allí no hay quien pueda estar<sup>5</sup>. Tal vez la reina no sufría más Toledo y quiso poner tierra de por medio: tanta presión, a la pobre recién venida de Francia...

Villalpando ha anotado cosas que ya no puedo ser más discreto y las cuento a voces. Para empezar, ¿queréis saber en qué consistió la vida diaria de las gentes que vinieron a El Castañar?

La reina, claro, no vino sola. Vino acompañada por los miembros de su Casa, unas sesenta personas (además de otros cuya cantidad no se puede saber: «ojo: las damas»; «los parafrenelos y los demás de la caballeriza que le pareciere al caballero mayor») distribuidas en casi cuarenta oficios distintos. Todos los acompañantes de la reina estaban empleados en el culto a su cuerpo y por encima de ellos estaba un mayordomo mayor, un maestresala, un caballero mayor y dos pajes, todos de origen nobiliario; además un grefier —mi querido Villalpando— y un capellán con su mozo de capilla y la retahíla de necesarios sumilleres, salsieres, cocineros, pasteleros, potajieres, aguadores, distribuidores de cera, compradores, tapiceros, aposentador, reposteros de camas, ujieres de vianda, maestresalas, panaderos, lavanderas de cuerpo y de boca, escuderos de a pie, furrieres y guardarropas, un representador de tablas, un herrador, una fiambarrera... Finalmente, una camarera mayor, cuatro madamas francesas, dos mozas de cámara y doña Magdalena Girón completaban esta comitiva. En esta ocasión la procesión de cortesanos y oficiales la compusieron casi veintinueve carretas y, para mover a tantas personas y bastimentos, hubo una libranza del tesorero Domingo de Urbea por valor de ¡4000 ducados! (1500000 maravedíes, 44118 reales).

La reina, que tiene diecinueve años, es «pequeña, de cuerpo bien formado, delicado en la cintura, redondo el rostro trigueño, el cabello negro, los ojos alegres y buenos, afable mucho»<sup>6</sup>. Es joven y ya verás cómo algunos al escribir sobre ella, chochearán. Es moza de quebrada salud: ¡las fiestas por su entrada en Toledo nada más llegar de Francia se suspendieron porque tuvo viruelas! y ya en la primera

---

5. Alvar Ezquerro, A., «Los traslados de corte y el Madrid de los Austrias (1561 y 1601-1606), en M. Morán Turina y B. Gracia García, *El Madrid de Velázquez y Calderón*, vol. I, Madrid, 2000, pp. 41-60.

6. Cabrera de Córdoba, L., *Historia de Felipe II, rey de España*. Ed. de J. Martínez Millán y C. J. de Carlos Morales, vol. I, Salamanca, 1998, p. 209 (c. 1619).

semana de estancia en El Castañar, el boticario ha tenido que irse a Toledo por cosas de la botica de la reina; a mediados de enero, el barbero la había sangrado ya dos veces.

Las horas pasan muertas aquí. Anochece pronto y hace frío. Estos son los secretos de El Castañar: ¿qué hace la Reina y qué sus damas? Nunca os lo han contado; nunca se podía saber hasta que alguien me volviera a leer en voz alta. De las 129 anotaciones que ha hecho Villalpando, casi una treintena son registros de dinero dados para que alguien lo llevara a la Reina para sus juegos: una de cada cinco. De todo el dinero que tenía que justificar, de cada cien ducados, dieciocho se volaron en los naipes de la reina. El rey, acaso el rey —que aún no viste de negro— es el que ha mandado para solaz de las damas a uno que «jugó de manos» delante de las damas por 6 reales. Aquí se aburren las personas. Al rey Enrique IV, mezquino desdichado, le desprecian porque jugaba a las cartas; a su sucesora la usurpadora Isabel, le aplauden por sus actos. Lo dijo un cronista: «jugaba el rey, todos éramos tahúres; lee la reina, todos somos estudiantes»: ¿qué se dirá de Isabel, aparte de princesita de la Paz, joven núbil y demás cursilerías?

Algunos días llegan animales cazados en Mazarambroz, o vienen ojeadores a pasar el día con la reina en el campo enseñándole liebres. En eso son duchos los de Ajofrín. Pero a finales de enero han dejado de venir: 229 reales en ocho visitas. No es mucho, pero se entretuvieron.

Alguna vez había alguna noticia de Toledo, porque de ello se encargaban los cinco correos que están por acá: han hecho casi una docena de viajes. El más sentido, el de 16 de enero, para decir al rey cómo estaba su esposa.

¿Algo más que hacer? Tal vez compadecerse de las desgracias ajenas. Villalpando ha registrado casi treinta veces dineros dados para limosnas, aunque sin mucho porte, unos 1525 reales, de los que el convento se ha llevado 1200, poco más de a cada cuatro veces, una. A fin de cuentas, no le viene mal a un pueblo que la Corte o la Casa Real ande de un lado a otro. O si no que se lo pregunten a los treinta y tantos vecinos de los alrededores que a razón de 38 reales trajeron y llevaron en sus carros la panadería, la salsería, la cocina, la capilla, la furriería, la tapicería, la cerería, la despensa mayor, la guardarropía, las mesas de las damas y a mí, con todo lo del grefier: fue un tal Gutierre de Céspedes. Algunos eran de Getafe, de Villasequi-

lla de Yepes, de Yepes y de La Guardia casi todos; uno de Toledo, otro de Valdemoro (que es el que llevó el vino) y otro de Ocaña. Claro que a la vuelta eran de Ajofrín, Orgaz, Los Yébenes, Sonseca (de ahí eran los que nos devolvieron a Toledo)...

Algo de fiesta se oyó cuando a principios de enero llegaron las cargas del comprador de la despensa: no fue poco lo que trajeron, que llevo en mis carnes escritos 1600 reales, de cada seis reales, uno para comer.

Un par de veces hubo lavandería y en la furriería se gastaron 500 reales en cuatro pagos... y no pasó nada más. Se aburrían mucho estos hombres y estas damas en El Castañar. Jugaban mucho. Dieron algunas limosnas. Menos mal que la reina enfermó y eso era motivo de charla.

#### OTRO VIAJE DE LA REINA, UNAS SEMANAS DESPUÉS

Soy afortunado: Villalpando tiene que justificar 157352 reales que se gastaron en el «Camino *que* su *Majestad* hizo para Aranjuez» cuando salió de Toledo el 27 de febrero. Cuanto más escriba él, más vida me da. Entre recoger la casa, cargar las carretas, llegar a la Ciudad Imperial y volver a hacer los equipajes para irnos de fiesta, no han pasado ni quince días. Desde luego, Toledo es ciudad poco acogedora para la joven reina. Ella, tal vez, no entienda por qué están a la gresca unos con otros, porque es mujer, porque es joven y porque es francesa. Han escrito en unos papeles —qué mal uso les han dado, ¡que los quemem!— un poema que empieza diciendo «Estamos tan hartos ya / de lidiar con esta Corte...» Yo, por el contrario, voy firmado por grandes señores y arrastro las cuentas de la Reina, ¡que me guarden!

Otra vez el trajín, el traqueteo, el desencuadernarse. Vamos hacia Aranjuez. No es de alto rango esta comitiva, que no va mayordomo; solo dos maestresalas y a Villalpando se le olvida apuntar al limosnero mayor. Cuando cae en la cuenta, da un suave golpe en la mesa, dice no sé qué y lo anota entrelíneas. Hoy está torpe y soy yo quien paga los platos rotos. Ha escrito «Camino *que* haze su *majestad*...» y ha sobrescrito el «haze» y lo ha cambiado por un «hizo»: tiene hábil caligrafía. También ha puesto que el viaje va desde *Aranjuez a m*, como si quiera decir «M[adrid]» y lo ha tachado para que no quede



duda: la jornada fue sólo Toledo-Aranjuez; también ha cambiado el tiempo verbal y un «partió de Toledo»... lo ha hecho presente, «parte de Toledo»... Ya no sé si yo iba ser otra vez un borrador de órdenes o que Villalpando está cansado, porque donde ponía «las personas que an de yr a seguir», también ha corregido y queda un «an de yr sirviendo», y así más y más. Pero lo que llevo peor es cuando hay que tachar bien y me hace daño; entonces, al clavar la punta de la pluma y llena de asquerosa tinta líquida, aprieta y a veces me horada. Pero se lo tolero porque todo eso me da vida: que me tachen, que me raspen, que me sobrescriban; todo, menos que me hagan una pelota y me tiren al fuego.

Vamos casi medio centenar de oficios y más de un centenar de personas porque Villalpando me ha anotado unos ochenta, pero pone que lacayos y palafreneros, los que se decidan; damas españolas y francesas, las que hubiere. No está mal que la Reina se mueva: ¡a cuánta gente traslada! Estos ya no son los tiempos de la reina Isabel, de gloriosa memoria.

Además, en este viaje andamos ya avisados. Debió haber quejas del aburrimiento de El Castañar, porque ahora aparecen por vez primera «los violones, son VI [6]» y «el que tañe la mufeta». También «maestre viçente monguión», el médico y un boticario con su ayuda; es la primera vez que aparece el médico ordinariamente, no traído deprisa y corriendo. Igualmente no se sabía si mandar un alcalde de Casa y Corte, justicia implacable, o solo a sus alguaciles: se manda a dos alguaciles. Y, como ya se sabe lo que le gusta a la reina, vamos con «pollos de los çeuados para la reyna»; para el cutis de la francesa hay que «lleuar la borrica para que no falte leche para Su *Majestad*» y, en fin, que tampoco falten «naipes».

Villalpando, viendo lo visto, ha preguntado que qué oficiales o criados tienen derecho a comer y quiénes se han de buscar la vida. Lo normal es que los que lleven «ración», esto es, a los que les pagamos, que hagan lo que puedan; otros, sin embargo, comen de la cocina de la Casa: a los cuatro lacayos, dos españoles y dos franceses, se les dará de comer, como al médico y al boticario. Para algo, o para alguien, que Villalpando es discreto, hay que «pedir plata a Lope de Guzmán».

Mi querido Villalpando tiene que repartir los primeros 33000 ducados entre diez oficios, incluidos nosotros mismos. Al «comprador» le da catorce mil reales mientras que al especiero y al pasteleiro, quinientos. Entre medias los demás: nosotros, el grefier y la pana-

dería, recibimos cinco mil; dos mil el potagier y el cava; mil quinientos la furriería y el cerero, y mil la caballeriza.

Todo ese viaje a Aranjuez nos resultó muy extraño: lo primero, porque era muy apresurado; lo segundo porque parecía que los planes eran otros. Hubo que mandar al galope a Madrid a un correo para que le dijera al aposentador Garnica, que estaba preparando desde no sé cuándo la Villa para recibir a la Corte, que dejara Madrid y se fuera a hacer lo propio a Aranjuez.

Por otro lado, Villalpando me anota cosas hasta ahora nuevas: dos docenas de barajas francesas y una docena de barajas de cartas toledanas. Ya me imagino ya, con qué se van a divertir en este viaje. El día 28 de febrero mi señor ha saldado una deuda con Catalina, dama de la reina, «que auía dado la noche antes [cien reales] a Su *Majestad* para jugar». El primero de marzo Montaña se llevó otros cien reales, y el día 3 hubo que reponer ciento veinte reales «que la rreyna perdió jugando. Llevólos Garnica». Al día siguiente, otros cien más que los entregaría Montaña; el día 5, el ujier de cámara retiró «cincuenta reales para jugar Su *Majestad*». El día 7 de marzo fue Garnica el que se marchó con el tintineo para reponer una deuda de ciento veinte reales perdidos por la reina «jugando a calamallo». ¡Anda que si por lo menos supiera jugar, perdería menos! Así las cosas, no me extraña que empezara a haber compras nuevas: el 10 de marzo, ¡el primer libro!, un *flos sanctorum*, a ver si se le pegaba algo a la pobre. Pero era contumaz: Catalina ha aparecido de nuevo pidiendo, el día 14, ni más ni menos que cuatrocientos cincuenta reales que le había ido anticipando a la reina para sus juegos.

En el camino ha habido que comprar una borrica a un labrador de Villaseca para sacarle leche para «quitar las señales de viruelas del rostro de Su *Majestad*». Y como la reina debe echar de menos su Francia querida, anda ya pidiendo al tapicero francés dos padrones de las armas de Francia y un repostero con lo mismo.

En el trajín, un carretero perdió la capa de un francés y le hemos ayudado con doscientos cuatro maravedíes para que la reponga.

Total, que en juegos y naipes gastamos 32895 maravedíes; en limosnas y ayudas 14722, de los que, por cierto, 10200 fueron una «limosna secreta» y 3400 han parado en un monasterio de beatas de la reina. En correos, portes u otros avisos, 1768, y eso que 1360 se los llevó uno que había ido y venido a por el correo de la reina a Toledo un par de veces. Lastimosamente, una dama cayó enferma y hubo

que sangrarla (al barbero, 204 mrs.), y sin chistar dimos de merced a dos criados franceses del confesor de la reina ¡7480 maravedíes!

¿Conoce y consiente todo esto el rey?, porque las 53 carretas de la ida y las 62 de la vuelta costaron 160140 maravedíes (80954 maravedíes las que llevaron las ropas de la reina y sus damas, mucho menos de la mitad de los caprichitos de la reina): acaso, con tal que alumbrara, habría que tolerarle todo.

#### EL ÚLTIMO DESPLAZAMIENTO, DE TOLEDO A MADRID

Ya estamos en primavera de un año, en verdad movido. El 28 de mayo Villalpando vuelve a usarme. Porque hoy, miércoles, la Reina se ha vuelto a poner en marcha hacia Aranjuez. Y de ahí a Madrid. Andan cuarenta y siete oficios, no menos de ochenta personas, amén de las tres damas y todas sus criadas. Todos nos limitamos a atender a la persona de la reina. En el viaje nos hemos gastado unos cuartos: en limosnas se fueron 28764 maravedíes; en juego, 68068; a un correo que había traído noticias desde Francia, 10200 maravedíes; en otras mercedes de la reina se gastaron 11152, de los que 6800 fueron para pagar a dos gentileshombres franceses el que se volvieran a sus tierras, y aquí no cuento los ¡37400 maravedíes! que dio porque sí a Isaac de Louseles, hijo de la ama de leche de la reina; como el traslado de la Corte coincidió con la fiesta del Corpus Christi, la Reina quiso ir a verla a una localidad en la que hubiera algo de vida: nos fuimos a Ocaña con doce carros. Al fin en Madrid, el primero de julio abonamos 3400 maravedíes a unos representantes de comedias por haber actuado ante la reina con los oficios y la capilla. Salimos de allí por la noche y hubo que comprar hachas de luz para volver a Aranjuez (el desvío costó 4692 mrs.). La enfermedad de una de las damas frenó su desplazamiento y hubo que dar pagas a sus criadas: 7281 maravedíes. El transporte de un órgano desde Toledo a Madrid, 748 mrs.; el descolgar los muebles y transportarlos de la Ciudad a la Villa, cerca de 4500 mrs.; al escudero que protegió a las damas en Toledo, 1054 mrs.; y en carros y mulas y ganapanes más de 100000 mrs., en donde no van los 765 que costó el carro que trajo los libros de doña Isabel desde Toledo a Madrid; casi 5000 maravedíes en gastos de aceite para lámparas; y así más y más, en sus buenos números romanos, hasta 268741 maravedíes.

No sé por qué la cuenta se hizo hasta mediados de julio, acaso porque, como sospechamos muchos y muchas veces, este viaje de Corte, aunque importante, porque se movió entera, iba a ser temporal.

En hojas más muy claritas están los 59 carreteros que movieron la Casa desde Toledo a Aranjuez, y de dónde son: Mascaraque, Mocejón, Villaseca, Yuncler, Ajofrín, Sonseca, Casas Gordas, Cobejo, Nambroca, Ocaña, Consuegra, Getafe, Magán, Valdemoro, Villarrubia de Yuncler, Ciempozuelos, Yeles, Añover. En otra buena letra, el transporte desde Aranjuez a Madrid: 64 carros puestos desde Ocaña, Pinto, Ciempozuelos, Illescas, Puebla de don Fadrique, Consuegra, Dos Barrios, Fuentes, Yébenes, Getafe, Valdemoro, La Guardia, Tembleque, Villamanrique... ¡Ay, qué envidia cuando me usan para fijar lo que las musas les dicen y no estas retahílas de palabras y números!

FINIS

En Madrid me han dejado por una temporada y luego me han mandado a Simancas. ¡Qué bien he estado aquí por no sé cuánto tiempo! Un día me abrieron y fueron poniéndome con un tampón un número en cada hoja. Después, me volvió a abrir otro y me mandó a una cámara en la que, sobre un artilugio infernal, me hicieron yacer hasta que un rayo móvil, con su explosión menuda y todo, me iluminó entero. Luego, unas manos con guantes pasaron de folio y vuelta a empezar.

Mas la verdad es que en Madrid habíamos entrado no sé cuántos carros. Si nosotros éramos unas ochenta personas y más de medio centenar de carros, no quiero pensar lo que debió ser el movimiento de toda la Corte, de todas las Casas reales, de las embajadas, de los nobles, de los otros oficiales...

Madrid era tranquila. Dejó de serlo. Cuentan que, a lo mejor, tenía unos ocho mil habitantes entonces. Sé, porque no paran de comprar libros en blanco para los archivos de las iglesias, para apuntar a los que nacen, a los que se mueren y a los que se casan, que cuando subió al trono Felipe III casi había cien mil habitantes.

Y es que, claro, con la Corte siempre de asiento en el mismo sitio, la gente sabía dónde estaban los dineros y el poder, no como antes, todos danzando por todas partes, yendo a Valladolid, Toledo, Ocaña,

Buitrago, o a donde fuera vinieras de Génova, Flandes, del Pirú, de cualquier sitio.

Ahora, todos en Madrid, hemos estado más tranquilos, sin sobresaltos. El rey quiere estar en el alcázar o en un palacio nuevo que se hace en El Escorial; va a cazar y la ciudad funciona a sus anchas: no como en Toledo, con tantas tensiones.

Pero, me dicen, que todo se va de las manos, que hay tanta población que el sueño del rey de hacer una Corte modélica se ha ido a pique porque no para de haber construcciones amorfas, suciedad, tenderetes... Madrid se convierte en un imán de todo lo de los alrededores. La gente se conforma con eso.

A la reina, además de dos hijas ¡siempre falta un hijo, porque el que hay no para de dar disgustos!, le han traído una pintora italiana para que aprenda algo más que a jugar a las cartas. ¡Qué nombre tiene la pintora: Sofonisba Anguissola! Se han hecho muy amigas, íntimas. La reina parece ser que pinta muy bien y esta Sofonisba le ha hecho unos retratos preciosos. Son tan buenos que nadie cree que los haya hecho una mujer y los atribuyen a un Sánchez Coello. Luego la reina morirá en el cumplimiento de su deber como tal y Madrid se secará de llorar. Un mozo del Estudio de la Villa que regenta López de Hoyos le escribirá un poema muy sentido. Miguel se llama. Llevará una vida muy atribulada. Pero estos son ya asuntos de otra historia. Conservad los papeles: somos una parte importantísima y única de vuestra memoria multiseccular. Adiós. Recuerdo tus consejos.